

## Segundo domingo de Cuaresma. 1 de marzo de 2026

Gn 12, 1-4a; Sal 32 (33); 2 Tm 1, 8b-10; Mt 17, 1-9



Comenzamos bien nuestra Cuaresma con dos momentos destacados: el Miércoles de Ceniza, donde fuimos invitados a rezar, comer y compartir. El domingo pasado, con Jesús tomamos la decisión de resistir las tentaciones del poder, del placer y del tener. Así permanecemos libres para acoger lo que Dios quiera darnos. Esta invitación a resistir a Satanás corresponde a ese momento de la celebración del bautismo en el que nos negamos a seguir a Satanás, nos negamos a hacer el mal. Sabemos bien que

todos los textos de nuestra cuaresma nos preparan para la celebración de los bautismos de la vigilia pascual.

Hoy, estamos incitados a imitar a Abram que toma el riesgo de obedecer a Dios y partir para un país que no conoce. Tierra que debe recibir como regalo. Él recibirá la bendición y en ella serán bendecidas todas las familias de la tierra. Abram se fue, como el Señor le había dicho." Va hacia lo desconocido, confía en Dios, una confianza total. (Nótese que se convertirá en Abraham cuando Dios le indique que será padre de una multitud).

El evangelio de este domingo nos ofrece la compañía de personajes del Antiguo Testamento, Moisés y Elías. Los hijos de Abraham, padre de los creyentes, se beneficiaron del servicio de hombres excepcionales como Moisés y Elías. Ayudaron al pueblo a constituirse, a organizarse, a crecer. Jesús viene después de ellos para completar su misión, establecer una nueva comunidad con líderes que serán los apóstoles. Estos apóstoles necesitan ser iluminados, fortalecidos en su fe. Jesús lleva a un monte, lugar de revelación de Dios, tres discípulos que ha elegido. Se hace ver inundado de luz. Una luz deslumbrante, divina incluso. Pedro, Santiago y Juan ven este espectáculo mientras están allí "una nube luminosa los cubre con su sombra" Esta palabra evoca la presencia de Dios y ellos oyen " Éste es mi Hijo amado, en quien encuentro mi alegría: ¡escúchenlo! Jesús es proclamado Hijo del Padre.



Este evangelio nos hace subir con los tres apóstoles elegidos. Vemos a Jesús transfigurado. Él es el salvador que nos ilumina, el Hijo del Padre. Él nos hace hijos de Dios por su Espíritu recibido en nuestro bautismo. Sigamos caminando en su luz, que nos ayude a vivir de tal manera que seamos nosotros mismos portadores de la luz de Cristo. Continuemos nuestro ascenso hacia la Pascua con los futuros bautizados que se convertirán a su vez en hijos de luz.

*André Launay, smm*